

# El secreto de Dios

Mauricio A. Figueroa Candia

Una vez le pregunté a mi hijo cómo creía que eran las cosas en 1966. Me dijo que se lo imaginaba todo en blanco y negro, porque antes debe haber habido menos colores. Ese fue el año en que conocí a Rube Goldberg. Para ese entonces, ya era célebre y tenía su entrada en el *Random House Dictionary of the English Language*, pero yo la verdad es que no supe de su fama hasta bastante después de que lo vi por última vez. Estaba viejo, efectivamente monocromo, aunque todavía entregado a lo que había sido su empeño vital.

Nos conocimos un día temprano, en la calle. El señor Goldberg estaba de pie al lado de un montón de arena no contable, la que miraba fijamente. Me detuve y miré también: alguien había trazado una figura, pero ahora, porque la arena es arena, resultaba indescifrable o irreconocible. “Falta una línea”, me dijo, “Falta justo la línea que explica este grupo de arenas. Sin embargo, dado que no conocemos su forma ni su largo, bien podría ser cualquier línea”. Esa fue nuestra primera interacción.

La mañana siguiente lo encontré ahí mismo. Sin prestarme atención, me expuso su teoría de los aparatos: “A menos que se haga un esfuerzo de tamaño mediano” —comenzó diciendo—, “uno asumiría que este montón de arena es el mismo que el que vimos ayer y que, en consecuencia, no tiene nada de extraordinario. Yo lo veo de otra manera: si este montículo fuera efectivamente el mismo, sería un montículo de verdad extraordinario, un montículo subversivo. Por supuesto, el problema no es el montículo ni del montículo, sino de las definiciones. ¿Qué es un montón de arena? ¿Es sus partes, su disposición, o ambas? ¿Puede existir independientemente de un nombre?”. Continuó: “Mi sueño es construir un aparato infinitamente complejo, tan complejo como esta constelación, pero que a diferencia de la arena no haga nada o, mucho mejor, que haga algo

completamente insustancial, como cambiar la orientación de un objeto esférico, o dibujar un punto sobre uno que ya existe. Se trataría de un milagro común y corriente”. Yo andaba apurado esa mañana, y me había ido justo después de lo de montículo rebelde, pero por fortuna el narrador homodiegético tomó apuntes, a los que tuve acceso cuando leí este cuento.

La tercera mañana ya no estaban ni él ni la mañana, pero la arena permanecía. El montículo se veía ordinario, aunque esta vez una línea lo recorría –una cicatriz pasajera–, que se leía: “¿Cómo decir la palabra, padre, sin decirla? Tal vez así: no existe niño que juegue a determinar cuánto demora en desaparecer una burbuja; juega con ella mientras existe, mientras flota en el aire, improbablemente. Lo que el niño intuye, pero no sabe, es que la muerte es el verdadero juego”. Ahora, que mis mejores años ya fueron, sospecho que mis palabras son torpes.